

la tienda y mirando á las estrellas, que apenas se vislumbraban en el oscurísimo cielo: la alborada viene; descansemos.

Y entrándose en la tienda, levantó los tapices de la puerta de la izquierda del interior, y armada como estaba, se arrojó en un magnífico divan que en un pequeño recinto habia.

Dormia poco despues como aquel que tiene la conciencia tranquila y fé en su fuerza de voluntad.

CAPITULO XVIII.

EN QUE EL CONDE DON LOPE CONTINÚA DICIENDO AL REY MUY BUENAS COSAS.

I.

Una vez en la galería de los Apóstoles, el rey tomó hácia la izquierda, seguido del conde don Lope.

Al extremo de la galería pasó por una saleta á una antecámara, y de allí á su cámara.

La servidumbre se habia retirado ya; así es que ni el rey ni el conde encontraron á nadie.

—Debeis conocer mucho esta cámara, mi buen tio, dijo el rey; como que era la cámara de mi padre.

—Y en ella he velado muchas noches al lado de su señoría, ayudándole á gobernar sus reinos.

—Decid mas bien, que gobernando vos á los reinos y al rey.

—Bien caro pagué mi soberbia, dijo el conde.

—Es cierto, y no hablemos mas de esto, dijo el rey; si deservísteis á mi padre, en cambio, despues de vuestra resurreccion, habeis servido muy bien á mi madre, y en este momento

me estais sirviendo con grande lealtad. Pero sentáos, mi buen tío, sentáos; debéis estar cansado, y necesito que tomeis algun reposo para que me mostreis esas otras minas.

—Perdonad, señor, pero estoy bien así, dijo el conde.

—¿Qué, no os sentábais en otro tiempo á par de mi padre?

—Sentábame entonces por soberbio.

—Sentáos, pues, ahora por obediente.

El conde don Lope se sentó, pero manteniendo la actitud del vasallo respetuoso.

II.

—Decidme, tío, mientras los dos descansamos: ¿qué os parece de mi otro tío el infante don Juan?

—Paréceme, señor, vuestro mas crudo enemigo.

—De modo que, como debemos librarnos de nuestros enemigos, y de la mejor manera que nos libramos es matándolos, debo matar al infante don Juan.

—Es demasiado próximo pariente vuestro para que no se os achacase á crueldad: á mas de esto, vos no gobernais el reino; quien le gobierna es vuestra noble madre: amadla, obedecedla, seguid sus consejos, y todo os sucederá bien, porque Dios protege á los buenos hijos. En cuanto al infante don Juan, no le aviséis, no os demostréis desconfiado de él; por el contrario, oidle, procurad engañarle, y avisad de todo lo que os dijese, de todo lo que os aconsejase á vuestra madre: á los traidores, cuando no puede herírseles en la cabeza, no debe avisárseles, para que no oculten con el disimulo la traicion: os lo repito: confiad en todo y para todo en vuestra madre, que si ella no os salva, si ella no asegura la corona en vuestra cabeza venciendo á vuestros enemigos, nadie puede salvaros.

—Mi madre está acosada por todas partes.

—No importa, la protege Dios y la ayuda la fé de su corazón; esperadlo todo de la reina.

—¿Y la tempestad que nos amenaza? Todo se vuelve contra nosotros.

—¿Es la primera tempestad que os ha amenazado terrible, y que se ha deshecho por la grandeza de vuestra madre? ¿No os acordais de aquellas primeras córtes en Valladolid, en que el reino os reconoció por rey, á pesar de los Laras, de los Haros, de los Pimenteles, de todos los ricos hombres, en fin, vendidos los unos al infante don Juan, otros á los infantes de la Cerda, y muchos de ellos codiciosos de recibir un alto precio por su lealtad interesada? Aquello se deshizo como el humo: desde entonces acá, en tres años, ¿cuántas traiciones no han sobrevenido? ¿cuántas malas artes no se han empleado contra vuestra madre, contra vos? Y decidme: ¿no se ha deshecho todo, no continuais siendo rey, no gana cada dia mas en autoridad vuestra madre, no se dividen y se ensangrientan mas y mas los unos contra los otros, los ambiciosos? ¿por qué, pues, desconfiar? Los aragoneses serán vencidos, señor, yo os lo prometo, antes de que el rey de Portugal pueda juntárseles; y cuando haya sucedido esto, el rey de Portugal, que se creará débil para combatir solo con vuestra madre, se volverá á sus tierras, renunciando á las villas y castillos que pide en la frontera, no contento con el buen dote que se ha dado á su hija la infanta doña Constanza, vuestra esposa.

—¿Una esposa de ocho años! dijo el rey, cambiando con la veleidad de los niños el curso de la conversacion.

—Pero que dentro de cuatro, vos habreis cumplido diez y ocho, será una garrida doncella de trece, criada por vuestra madre, que la ama como si fuera su hija, y que ya veis no la separa un punto de sí, y la infanta es hermosa y muy crecida, y os ama y llora porque vuestra madre no la deja que esté á cada momento á vuestro lado.

—Y yo la amo tambien, tío, pero como á una hermana.

—¿Ay! ¿cómo se conoce que á despecho de vuestra madre, y por lo terrible de las circunstancias, está á vuestro lado el infante don Juan! ¿el niño hecho antes de tiempo hombre! ¿el niño arrastrado á torpezas! Recordad lo que os dije cuando me juzgábais un aparecido entre la oscuridad de la noche y la espesura

de los árboles: reconocéos, uníos á vuestra madre, obedecedla, respetadla; solamente de ese modo podeis llegar á ser un gran rey: quien no escucha los consejos de su madre, no ama la justicia, no oirá mañana los consejos de los leales, sucumbirá á sus pasiones, y Dios levantará de sobre él su mano. ¡Ay de aquellos á quienes abandona la mano de Dios!

—Sí, sí, teneis razon, mi buen tio, dijo el rey: el infante don Juan es un protervo, y no es á él á quien debo oír, sino á mi madre, á mi buena madre, á quien tanto debo; yo os prometo seguir vuestros consejos; pero hemos descansado ya, y quiero que me mostreis alguna de esas minas.

—¿Por qué no lo dejamos para otra noche, señor? es ya muy tarde.

—No importa, no importa; tiempo me queda para dormir: llevadme á San Benito el Viejo por esa larga mina, por donde caben hombres de armas.

—Voluntarioso como su padre, murmuró el conde.

Y se levantó, obedeciendo al rey.

—Habeis dicho que á esa mina se entra por los sótanos del patio de las paneras y de las bodegas.

—Así es, señor.

—Pues vamos allá.

—Habrán de vernos los guardas y habremos de pedir las llaves de los sótanos.

—¿Qué importa? Echáos bien el capuz sobre la cara, ocultad vuestro brazo mutilado; no creerán otra cosa sino que sois un monje.

—Obedezco, contestó el conde.

Y siguió al rey que salió de su cámara por otra puerta distinta de aquella por donde habia entrado.

Atravesó una antecámara y una saleta, y llegó al fin á una galería, donde ya encontraron guardas de los ballesteros hidalgos de maza.

III.

De la galería salieron á los anchos corredores del patio de Honor, seguidos por dos pajes con luces y cuatro ballesteros, que, segun costumbre, siempre que el rey salia de su cámara, le acompañaban.

Bajaron por las magníficas escaleras, y atravesando una grande arcada, entraron en el segundo patio.

IV.

Este patio estaba muy lejos de asemejarse al ostentoso patio de Honor.

En vez de aquellas arcadas labradas, ornamentadas, afiligranadas, en que aparecia un precioso bizantino en el punto de su transicion al gótico, se veian robustos pilares y arcos sencillos, desnudos, deprimidos.

En las galerías del patio habia de trecho en trecho puertas por las cuales se bajaba á las bodegas.

—Pedid, señor, dijo el conde, la llave de una puerta que hay bajo el hueco de la escalera por donde se sube á los graneros.

El rey envió á buscar aquella llave.

Cuando se la trajeron, por consejo del conde hizo se retirase al segundo patio la gente que le acompañaba, y solo con el conde, que iba alumbrando con una antorcha que habia tomado de las manos de un paje, se dirigió hácia un ángulo del patio, en que habia una grande arcada.

En la parte interior de aquella arcada empezaban unas anchísimas escaleras de piedra.

El conde buscó en el hueco de aquellas escaleras una pequeña puerta de hierro, la abrió con sumo trabajo, porque la cerradura de su cerrojo estaba muy premiosa á causa de la humedad, y una vez franca la puerta, se encontraron en unas estrechas escaleras de caracol.

—¿Y decís que por aquí puede salir un hombre á caballo? dijo el rey.

—Por aquí, señor, dijo el conde, se baja á los sótanos del Alcázar, en los cuales habia antes una ancha salida al patio, que fué cegada.

—Veamos, adelantemos, dijo el rey.

Bajaron aquellas escaleras, que eran profundas, y se encontraron en los infectos sótanos.

El conde los atravesó en parte, ahuyentando con la luz de su antorcha los murciélagos que allí anidaban, y despues de haber vuelto y revuelto por una sucesion de arcadas, de haberse detenido en algunos lugares y de haber observado con atencion, se inclinó sobre el suelo, examinó profundamente y dijo al rey:

—No tengo mas que una mano y necesito servirme de ella; perdonadme, señor, si os ruego que tomeis esta antorcha.

El rey la tomó.

El conde desnudó su puñal y profundizó con él en el suelo.

—Sí, dijo, aquí hay hierro; pero este hierro está podrido: mejor, mucho mejor.

Y descubriendo con su puñal una gran parte de una compuerta de hierro, cubierta superficialmente con una capa de tierra viscosa, hirió la plancha de hierro, que estaba tan oxidada, que se rompió con facilidad.

En poco tiempo el conde abrió en aquella plancha podrida un agujero bastante para que pudiese pasar holgadamente una persona.

V.

—Dadme la antorcha, señor, dijo bajando por aquella abertura, á fin de que yo os alumbre por la parte de adentro.

El rey dió la antorcha al conde, que por la parte de adentro alumbró.

Inmediatamente al agujero que el conde habia abierto, empezaba una rampa bastante pendiente.

El rey pasó por el agujero, y siguiendo al conde empezó á descender por aquella rampa, cuya inclinacion no era tanta que no pudiera superarla un caballo.

—Ahora lo comprendo, dijo el rey: hé aquí una soberbia mina, por donde bien puede entrar un bravo refuerzo para el Alcázar.

—El señor rey don Alfonso, vuestro abuelo, lo habia previsto todo; tanto le acosaron las rebeldías.

—¿Las rebeldías! exclamó el rey: temo que no se acaben nunca, porque nuestros buenos vasallos se han acostumbrado de tal manera á ellas, que si no se rebelan, no viven bien.

—Cuando llegueis á vuestra mayor edad, dijo el conde, adelantando siempre, gobernad en justicia, hacéos amar de vuestros vasallos por el bien que les hayais hecho, sed inexorable para con los traidores, y todo os irá bien.

—Pero para matar á todos los traidores, mi buen tío, dijo el rey, por lo que yo veo y entiendo seria necesario matar á toda Castilla.

—Herid las cabezas mas altas, y las otras se bajarán ante vos.

—¿Sabeis, tío, que seria necesario hacer cosas horribles? ¿Qué se diria de un rey que matase á sus parientes próximos?

—Dirian de ellos, no del rey, si los habia matado con justicia.